

Eucaristía inaugural del Curso de Formación Monástica, Roma, 22 de agosto de 2011

Memoria de Santa María Virgen, Reina.

Lecturas: Isaías 9,1-6; Salmo 112; Lucas 1,26-38

La memoria de Santa María Virgen, Reina, nos hace iniciar providencialmente el Curso de Formación monástica de este año con el Evangelio de la Anunciación. Lo que acontece en Nazaret cuando el Ángel Gabriel se presentó a María es para cada uno de nosotros el comienzo de todo. En aquel momento, acogido por el “sí” humilde y disponible de la Virgen, el Verbo se hizo carne, Dios se hizo hombre y se inició así una novedad inconcebible, porque comenzó en aquel momento una posibilidad de relación del hombre con Dios que jamás se hubiera podido imaginar. Desde aquel momento se ha hecho posible para el hombre estar en relación con Dios del mismo modo como lo estamos entre nosotros. La relación con Dios se ha transformado en la relación de una madre con su bebé, de un padre con su hijo, de un muchacho de pueblo con sus compañeros de juegos, de estudio, de trabajo; se ha transformado en la relación de la gente de una aldea pobre con un chico, un joven, un hombre que vivía en una de sus casas, que rezaba y estudiaba con ellos en la sinagoga, que trabajaba como ellos y para ellos, que participaba en sus fiestas, que encontraban por la calle, con quien podían dialogar, mirarse a la cara, sonreírse. La relación con Dios, en Jesús, se ha convertido en una relación humana, cotidiana, sencilla.

Sin embargo, durante cerca de treinta años, muy pocos reconocieron a Jesús como Dios, muy pocos se dieron cuenta que era el Hijo de Dios. En efecto, fue necesario que Él mismo revelase su misterio y que la libertad de cada uno lo reconociese en la fe. Así como María y José han podido reconocer en la fe que aquel niño era el Hijo de Dios, cada hombre puede reconocer la presencia cotidiana de Dios y vivir en relación con la misma solo reconociendo su misterio en la fe. “Dichosa tú que has creído porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá”, dirá Isabel a María (Lc 1,45).

La fe en todo lo que Dios nos promete, no permite ver realizarse rápidamente las promesas de Dios, pero nos permite ver a Dios, reconocerlo presente y vivo en medio de nosotros. Y cuando, como María, se reconoce que Dios está con nosotros, es fácil creer que “nada es imposible para Dios”, como dice el Ángel (Lc 1,37), y que todo lo que nos promete se realizará.

Sí, “el pueblo que caminaba en las tinieblas, vio una gran luz; habitaba en tierra de sombras y una luz les brilló (...). Porque un niño nos ha nacido, se nos ha dado un hijo” (Is 9,1.5).

El profeta Isaías anuncia la salvación, la liberación, la paz del pueblo, porque cree en el don de una presencia extraordinaria de Dios, porque cree en el Emanuel, el “Dios-con-nosotros” (cfr. Is 7,14). Cuando se cree en la presencia de Dios, se puede estar seguro que “grande será su dominio y que la paz no tendrá fin” (Is 9,6).

O como lo expresa el Salmo responsorial de esta Misa: “¿Quién como el Señor Dios nuestro, que se eleva en su trono y se abaja para mirar al cielo y a la tierra? Levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre, para sentarlo con los príncipes” (Sal 112,5-7).

Si se cree que Dios se inclina sobre nosotros, ¿cómo dudar que nos quiera y pueda elevar y salvar del polvo, de la basura, de nuestra miseria?

También María, cuando poco después de la Anunciación canta el *Magnificat*, está ya segura, sin verlo, de que los humildes son ensalzados, que los hambrientos son colmados de bienes y que el pueblo es auxiliado por la misericordia de Dios (cfr. Lc 1,51-55), porque, ante todo, ha creído y cree que el Señor está presente, que el Señor se ha dado, que el Señor está con ella. María es ya Reina, no porque domina todo, sino porque cree que ha entrado en el mundo, en su cuerpo y en su corazón, Aquél que reina sobre el universo y lo salva.

También a nosotros se nos pide y se nos da el vivir así, afrontar así la vida, iniciar así el Curso de Formación Monástica, caminar así siempre de nuevo en el camino de nuestra vocación: creyendo con humildad y fe, y con alegría, en el don a nosotros y en medio de nosotros de la presencia del Señor, para quien todo es posible, acogiendo con fe y amor al Emanuel, el Dios-con-nosotros que domina todo y llena a todos y todo de paz sin fin.

Cuando Jesús dice un día con claridad a sus discípulos que no se entra en el Reino de los cielos sin renunciar a todos los bienes, los discípulos le preguntan llenos de angustia: “¿Quién puede salvarse?”. Jesús, fijando los ojos en ellos, responde con la misma frase del Ángel a María: “Imposible para los hombres, pero para Dios, todo es posible” (Mt 19,26).

Todo es posible, nuestra conversión es posible, si con fe nos dejamos mirar por Cristo presente en medio de nosotros para darnos la salvación y la plenitud de la vida que solo Dios puede dar a los hombres. Esta es la experiencia que deseamos hacer juntos durante este Curso y siempre de nuevo en nuestras comunidades. Es esta experiencia, esta gracia, la que pedimos a la Madre de Misericordia, a la que cada noche invocamos y saludamos como nuestra Reina.

P. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist